
José Emilio Pacheco

Las cartas abisinias de Rimbaud



Caravana en Abisinia

1

Arthur Rimbaud puede ser todo para todos. Hay un Rimbaud para los católicos, los marxistas, los esotéricos, los que creen en la poesía y los que afirman su inutilidad. El mito forjado en torno al gran poeta es fluido y manipulable. El adolescente que de los quince a los diecinueve años perfecciona y agota los medios de expresión lírica, pasados, presentes y futuros (del soneto alejandrino al poema en prosa y la escritura automática); dice no a la familia, a la tradición, a la religión, a la sociedad toda de su época, puede ser visto como un heraldo de la Comuna y de las comunas, el profeta, el modelo de la rebelión juvenil.

En cambio el hombre que con mentalidad de explorador y explotador se vuelve traficante en Etiopía y vive con la obsesión de acumular fortuna, está disponible para que nos demuestren el fracaso de las rebeliones individuales, la fuerza todopoderosa de la "recuperación" y el conformismo; para que nos digan: no hay rebeldía ni pureza capaces de resistir el momento en que, terminado el limbo de la adolescencia, los seres humanos se incorporan al proceso productivo.

La discusión no terminará nunca: hay más de quinientos libros acerca de Rimbaud. Cada intento de hacer luz adensa las tinieblas sobre el más fascinante enigma de la historia literaria. Gracias a la selección de las *Cartas abisinias (1880-1891)* traducidas por Francesc Parecisms (Tusquets, Barcelona, 1974), por vez primera "el otro Rimbaud" está frente al lector de nuestro idioma que así tiene oportunidad de comparar al poeta y al traficante y de extraer sus propias conclusiones.

2

Rimbaud deja de escribir en agosto de 1873. Los dieciocho años que le faltan de vida serán de un silencio sólo turbado por algunos informes comerciales o geográficos y por las *Cartas abisinias* en que no existe nada que pueda considerarse literario. "Para mantener el mito hay que ignorar estas cartas decisivas", escribió Albert Camus en *L'homme révolté* (1951).

Camus acepta que Rimbaud es "el más grande poeta de la rebelión" pero "únicamente en

Ésta es una versión modificada por el autor, de un *Inventario*.

su obra. Su vida, en vez de legitimar el mito que ha suscitado, ilustra tan sólo –y basta para demostrarlo una lectura objetiva de las cartas de Harar– un asentimiento al peor nihilismo.” Para Camus, Rimbaud, al conformarse cedió a una de las tentaciones nihilistas de la rebelión; y sólo el genio supone una virtud, no la renuncia al genio.

Aunque Parecisms no cita a Camus, manifiesta la opinión contraria: “No se puede comprender al poeta sin comprender su silencio, porque no hay más que un hombre Rimbaud, y en él la intensidad del quehacer literario sólo es comparable a la intensidad de su retiro.” Las *Cartas* –mercantiles, oficiales, familiares– que Parecisms ha puesto a nuestra disposición muestran a un Rimbaud que entre la dureza de sus trabajos y aventuras sólo mantiene la esperanza, cada vez más remota, en la seguridad burguesa: el deseo de hacer fortuna y vivir de sus réditos. (*Moi, je serai rentier*, había dicho irónicamente en un poema.)

Todos acabamos por parecernos a aquello contra lo cual nos rebelamos: en sus últimos años Rimbaud reconcilió en sí mismo el espíritu viajero y aventurero de su padre –el capitán que lo abandonó a los diez años– y la responsabilidad, la búsqueda del bienestar económico, la tacañería, el malhumor y el autoritarismo de su madre, hija de una familia campesina en tránsito hacia la pequeña burguesía.

3

Tras un recorrido que parece una fuga y lo lleva de Alemania a Batavia, el autor de *Les Illuminations* y *Une saison en enfer* fracasa en su búsqueda de trabajo en Egipto. En 1880 Rimbaud vuelve a Chipre, donde ya había sido encargado de una cantera, y encuentra empleo de supervisor (es decir, capataz) en el palacio que se construye para el gobernador general. Su periodo africano se inicia en Harar y en Adén cuando Rimbaud se pone al servicio de un vendedor de café.

En todas las *Cartas* se queja de la incomodidad, la carestía, las enfermedades. Pide que le envíen libros, no de versos ni prosa literaria sino textos prácticos y tratados científicos: *Manual del viajero*, *Topografía y geodesia*, *Curso elemental de mecánica*, *Tratado de astronomía aplicable...* Este desinterés y la falta de respuesta a la única misiva intelectual de esta etapa –la enviada por Lauret de Gavoty en solicitud de colaboración para una revista– militan contra la hipótesis de que Rimbaud pensaba volver a escribir en cuanto resolviera sus problemas económicos.

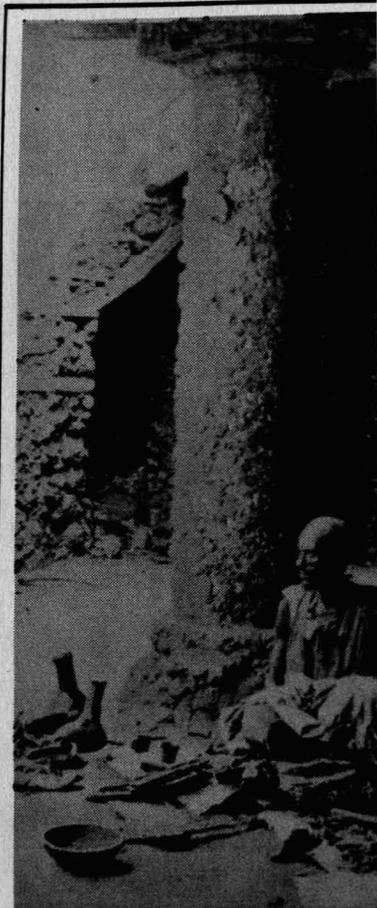
Más notable todavía es que no haya querido enterarse de dos publicaciones consagratorias: el ensayo que le dedica Paul Verlaine en *Les poètes maudits* (1884) y la resonante aparición de *Les Illuminations* (1886) en *La Vogue*, la revista de Gustave Kahn. Entre todas las *Cartas abisinias* seleccionadas por Parecisms la única alusión vaga y potencialmente nostálgica de su trabajo poético se halla en una irritada página de 1888: Rimbaud habla como cualquier colono en su plantación y expresa las opiniones racistas indesligables del colonialismo:

“Siempre me aburro mucho. No creo haber conocido a nadie que se aburriese tanto como me aburro yo. ¿No os parece miserable esta vida sin familia, sin ocupación intelectual, perdido en medio de negros cuya situación querría mejorar, pero que no hacen otra cosa que intentar explotarnos y hacen imposible que los asuntos puedan liquidarse sin demora? Obligado a hablar en su jerga, a comer sus sucios preparados, a padecer mil inconveniencias ocasionadas por su pereza, su traición y su estupidez.”

4

En el sureste abisinio Rimbaud contrae la sífilis, enfermedad que ocultará a su madre y a su hermana Isabelle. Bajo “estos climas atroces, de penas tan vehementes como absurdas”, lo agobian el calor y la sensación de presidio. “Desgraciadamente no le tengo ningún apego a la vida y si vivo es por pura fatiga.” Su invencible horror al país se mitiga con el deseo de ahorrar y la obsesión de que su dinero produzca intereses. Pide que le manden una cámara fotográfica. A veces riñe con “los pobres negritos”, “los estúpidos negros.” Anhela que su hermana se case con alguien “serio y educado”. Manda informes que revelan la ambición de ser no sólo un aventurero capitalista sino un gran colonizador. En parte lo consigue: es el primer europeo que penetra en el territorio de Ogadino.

La guerra del Sudán cancela las operaciones de su compañía. Rimbaud se dedica al tráfico de armas para Menelik, rey de Choa, que lucha por el poder en Abisinia contra el emperador Juan IV. Pero Rimbaud carece de mentalidad comercial. Por ejemplo, intenta vender crucifijos cuando el catolicismo ha sido proscrito en toda la zona.

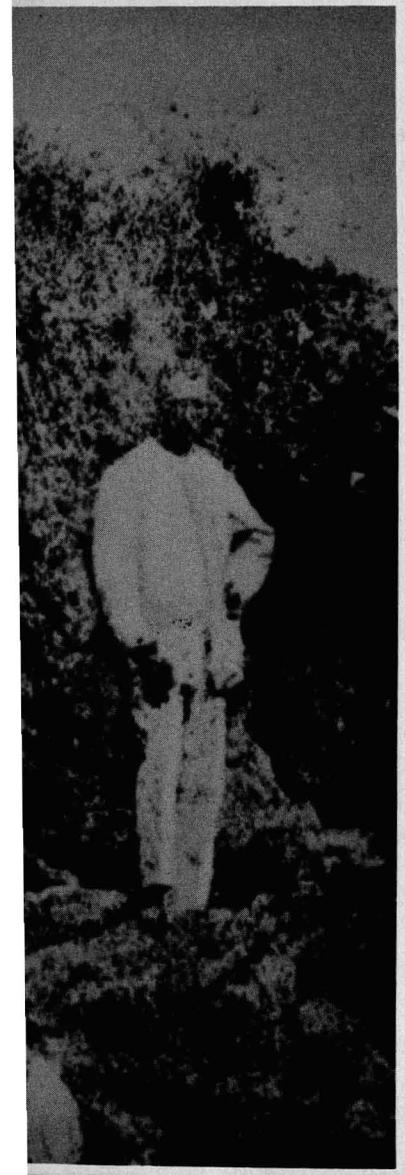


Un vendedor de Harar.
Fotografía tomada por Rimbaud





Rimbaud en Harar en 1883



Se queja, siempre se queja –“es un cierto modo de cantar”– porque envejece “entre trabajos idiotas y en compañía de salvajes o de imbéciles.” No quiere volver a enterrarse vivo en Francia. Teme al frío, al servicio militar, al desempleo, a la falta de títulos y recursos. Le aterra la posibilidad de perder lo poco que tiene: “Llevo constantemente en el cinto los dieciséis mil y pico de francos de oro; pesan unos ocho kilos y me causan disentería.”

5

La escasa prosperidad de sus negocios ¿se debe a que Rimbaud es honesto y trata bien a los abisinios? “Nunca he hecho daño a nadie. Al revés, siempre que puedo procuro hacer algún bien y éste es mi único consuelo.” No obstante, hay indicios documentales de que Rimbaud también trafica con esclavos. Todo en las *Cartas abisinias* delata la voluntad de huir de sí mismo y buscar el autocastigo y la autodestrucción.

En abril de 1891 se inicia la agonía de Rimbaud. Se le forma un tumor en la rodilla, agravado por la antigua sífilis. Lo transportan en andas de Harar a Adén. “Estoy hecho un esqueleto: doy miedo. Por culpa de la camilla tengo toda la espalda llagada; no logro dormir ni un minuto.” En mayo se interna en el Hospital de la Concepción en Marsella y le amputan la pierna. Su enfermedad avanza. Se trata al parecer de un cáncer generalizado. “No hago más que llorar noche y día: soy un hombre muerto, lisiado para toda la vida... A fin de cuentas, nuestra vida es una miseria, ¡una miseria sin fin! ¿Por qué tenemos que existir?” en vano intenta caminar con muletas. “¡Yo que precisamente había decidido volver este verano a Francia para casarme! ¡Adiós matrimonio, adiós familia, adiós porvenir! Mi vida ha pasado, soy sólo un jirón inmóvil.”

Su hermana es la única compañía. A instancias de Isabelle recibe a un confesor. Los sedantes lo hacen delirar. El 9 de noviembre dicta una carta en que expresa el deseo de volver a África. Al día siguiente el mayor poeta de Francia muere ignorado por todos. Él, que había escrito en *Adieu*: “Yo, yo que me dije mago o ángel dispensado de toda moral, soy restituido al suelo, en busca de un deber y para estrechar la realidad rugosa.”

6

Se han propuesto mil explicaciones del enigma devuelto a la actualidad por la traducción de las *Cartas abisinias*. ¿Por qué Rimbaud deja de escribir y se convierte en todo aquello que con su obra y su conducta había negado? Según una hipótesis creíble, a los quince años, gracia a su maestro y amigo Georges Izambard, Rimbaud descubrió la nueva poesía y las ideas revolucionarias. No participó directamente en la Comuna pero le preparó el terreno al escribir sobre la libertad ilimitada, la igualdad y la justicia. Hay un trasfondo ocultista en la poesía de Rimbaud y también un sustrato político. Su frase *J'est un autre* ¿no es un eco de la que escribió Chamfort durante la Revolución Francesa: “La democracia consiste en decir: yo soy otro.”?

Kenneth Rexroth afirma en *Classics Revisited* que Rimbaud tomó en serio las pretensiones proféticas, mesiánicas y visionarias de los poetas románticos. Decidió vivir su papel y cambiar la vida mediante la alquimia del verbo. La poesía, su poesía, iba a instaurar en la tierra el reino de la fraternidad, la gran ilusión de 1789 que fue destruida por la locura imperial de Napoleón.

Rimbaud incitó a la revuelta que abriría paso a la revolución. Pero el apocalipsis de 1871 en París no se llevó a los opresores sino a los obreros levantados en armas ante la derrota de Francia en la guerra franco-prusiana. Y vistos en persona los poetas que desde su provincia admiraba el niño Rimbaud no eran dioses, ni siquiera magos o sacerdotes del arte. Eran buenos padres de familia, empleados en algún ministerio, ansiosos no de cambiar la vida sino de recibir halagos y mitigar los ataques. O bien, dipsómanos y erotómanos que no veían más allá de su insaciable anhelo de evasión, prestigio y placer.

Si la poesía no era todopoderosa entonces no era nada. La fe de Rimbaud resultó tan honda como su desengaño. La poesía no se repondrá jamás de la herida que le infirió la decepción de este adolescente incomparable. ◇